

DE LIBROS

REVISION DE UNA OBRA CLAVE

Si nos preguntáramos cuál es la actividad filosófica expresada en lengua española que mayor impulso ejerció en el desarrollo del pensamiento filosófico mexicano en los últimos decenios, tendríamos que mencionar a José Gaos. Su obra está presente en casi todos los campos de la actividad filosófica en nuestro país. Como maestro, formó a varias generaciones tanto de filósofos como de historiadores de las ideas. Su múltiple labor de profesor, traductor, intérprete y comentarista de otras filosofías, así como de autor de una filosofía propia, fue decisiva para lograr el cambio más importante en la vida filosófica mexicana de los últimos años: el acceso a un cabal profesionalismo. Las corrientes de mayor influencia en las décadas de los cuarenta a los sesenta (el historicismo, la fenomenología y el existencialismo) encontraron en él el exponente e intérprete de mayor nivel; incluso sus escritos más creativos constituyen una contribución personal, rigurosa y original, al planteamiento y solución de problemas que se inscriben en esas corrientes. La obra de Gaos está presente también en otro sesgo, no menos importante del pensamiento mexicano de esas décadas: el intento de crear una filosofía adecuada a nuestra circunstancia. Fue el más entusiasta impulsor del movimiento de redescubrimiento histórico del pasado intelectual de México y un crítico, simpatizante y sagaz, de la llamada "filosofía de lo mexicano". A él se deben algunas de las mejores reflexiones sobre esos temas. El desarrollo de la filosofía mexicana durante treinta años no podría entenderse sin una de sus claves: la obra de José Gaos.

El libro que aquí reseñamos es el primer trabajo amplio que permite com-



José Gaos

prender y situar una figura tan importante en nuestra evolución cultural. Ha sido escrito por quien fue tal vez su alumna más cercana y querida, la que conoció en detalle el pensamiento y la vida del maestro y, cerca de él hasta su muerte, supo ayudarlo, con ejemplar amistad, en muchos trances difíciles. El libro es, pues, obra de un testigo de excepción; de excepción no sólo por la cercanía a la persona y obra de que se trata, sino por la fidelidad hacia ella. Al exponer las ideas de Gaos, Vera Yamuni trata de borrar a sí misma, poniendo toda su sensibilidad y capacidad de comprensión al servicio de los pensamientos ajenos. En los capítulos, en cambio, en que interpreta o comenta la obra de Gaos, queda siempre marcada la distinción entre las ideas de la intérprete y las del maestro. Esta actitud de vigilante objetividad y generoso respeto hacia el otro, logra lo inusual: por momentos, a través del testimonio, alcanzamos a percibir la presencia real, viva, en carne y en alma, del propio José Gaos.

El libro comprende una serie de ensayos sobre temas diversos, pero todos giran en torno de una preocupación central que les presta unidad: la relación entre la filosofía de Gaos y su vida.

Los primeros capítulos trazan una biografía del filósofo hasta su llegada a México. Su fuente son confesiones del propio Gaos que recuerdan su familia,

su niñez y juventud, las influencias culturales sufridas, sus primeras inquietudes filosóficas. En una obra que se concebía a sí misma ligada a la vida personal, ayudarán a comprender, a través del hombre, el pensamiento. En esos capítulos iniciales, encontramos también algunas páginas inéditas, de juventud, sobre su circunstancia política y otras donde aparecen las primeras reflexiones sobre un tema que será central en el pensamiento de Gaos: la filosofía de la filosofía.

Otros capítulos tratan de un aspecto curioso y poco conocido, aún entre los amigos cercanos del filósofo: el Gaos poeta. Gaos no fue, sin duda, un gran poeta, ni pretendió serlo; con todo, algunas poesías, teñidas de una serena melancolía, tienen la belleza que acompaña a la sabiduría. Además, un pequeño ensayo trata de un género que Gaos cultivó con gusto, y donde se permitía cierta ligereza y humor, poco frecuentes en él: el aforismo.

El trabajo que es el producto de una mayor participación del pensamiento personal de la autora es un análisis comparativo, riguroso y metódico, sobre las relaciones entre la filosofía y la vida en dos autores: José Gaos y José Ortega y Gasset. Como es sabido, ambos incurrieron en la autobiografía intelectual (entre paréntesis: la de Gaos, intitulada *Confesiones Profesionales*, ostenta una dedicatoria: "a Vera Yamuni"). Para ambos autores la filosofía no era comprensible separada de la vida personal. Yamuni analiza las formas de razonamiento en los textos de uno y otro pensador, siguiendo un método, empleado ya en una obra anterior (*Conceptos e imágenes en pensadores de lengua española*, el Colegio de México, 1951), que le permite destacar semejanzas y singularidades en sus modos de pensar. Por otra parte, persigue, a veces con especial finura, las motivaciones psicológicas y los rasgos de personalidad que se desprenden de una y otra biografía y que contribuyen a explicar sus estilos de pensamiento.

Pero el capítulo excepcional del libro es, a mi juicio, "Confesiones finales, de los últimos años de la vida de José Gaos" (pp. 129-146). A los 53 años Gaos había escrito su autobiografía intelectual; diez y seis años más tarde, poco antes de morir, le comunicó a la autora su proyecto de escribir una continuación que podría intitularse "Confe-

▲ Vera Yamuni: *José Gaos. El hombre y su pensamiento*. Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, México, 1982.

siones de vejez" o "Confesiones finales". Pero intuía que no le sería dado cumplir ese propósito. Nos cuenta Yamuni: "De no poder redactarlas, me dijo, por lo poco que creo que me queda ya de vida, te ruego a tí que conoces mis preocupaciones e ideas últimas, que las expongas por mí" (p. 129). Este último capítulo es el cumplimiento de aquel encargo. Y Vera hubo de realizarlo con una fidelidad ejemplar. Quien escuchó a Gaos, reconoce en esas páginas su espíritu, incluso su ritmo y manera de hablar, cuando lo hacía entre amigos. La transcripción de los pensamientos del maestro nos hace llegar aun la pausada emoción y, a la vez, la reflexiva serenidad con que seguramente fueron expresados. Dichos en tono de coloquio personal, están muy lejos de la retórica barroca de muchos escritos publicados del filósofo. Poco a poco van trazando el perfil de una personalidad compleja y profunda, que nos deja soslayar el drama interior de una naturaleza solitaria, lúcida y sincera, que choca contra los límites de la razón, al preguntarse por el sentido del mundo y de la vida en él.

Gaos reflexionó hondamente, en sus últimos años, sobre la incapacidad de la razón para dar una explicación de la existencia del mundo, del mal, de la posibilidad de concebir a Dios, de la inmortalidad del alma. Desarrolló argumentos de los que creía poder concluir dificultades insalvables para admitir racionalmente la existencia de un Dios creador e infinitamente bueno y más aún para sostener la posibilidad de vida futura de un alma individual. Su agnosticismo intelectual de siempre, su escepticismo ante la metafísica, quedaron reforzados. Pese a ello (¿o será, tal vez, por ello?) empezó a acceder a una religiosidad auténtica. No a la religión que sigue decires ajenos, mucho menos a la basada en dogmas, tradiciones, instituciones, sino a una religiosidad fundada en una genuina experiencia personal. Esa religiosidad no se expresa en argumentos racionales, sino en un sentimiento sosegado ante "el misterio de la existencia del hombre en el todo" (p. 134), sentimiento que inunda al pensador en las experiencias más sencillas, como la contemplación de un pedazo de jardín en el atardecer. "La razón es irreligiosa —deja anotado Gaos—; lo emocional, religioso" (p. 165).

Esta religiosidad que irrumpe en medio de su agnosticismo intelectual, sin abolirlo, se expresa en dos temas. El primero es un sentimiento de gratitud por los bienes recibidos, por "lo que es cierto no me di" (p. 56), el cual hace nacer un impulso amoroso de dar gracias a alguien o a algo por el don gratuito. "La necesidad de pedir gracias y darlas... —escribe Yamuni— pasó así a ser la esencia de su religiosidad y comprendió los conceptos de gracia, petición y agradecimiento" (p. 138). Por otra parte, su sentimiento ante el todo llegó a condensarse en una fórmula profunda en su sencillez: "Reverenciamos tu misterio", decía o "Reverenciamos-Te, Misterio" (p. 148.) ¿Cómo es posible que Gaos, el escéptico, haya llegado a una actitud semejante? Él no traza ese camino. Tal vez no quepan explicaciones en este campo, pero intentaré una vía de comprensión: la totalidad del mundo, su origen y su fin —pensó Gaos— son inexplicables por la razón; el sentido de la totalidad se nos escapa. Pero quizás este reconocimiento de los límites de la razón sea el primer paso para captar el sentido del todo. Porque sólo entonces estamos en situación de entender que el sentido rebasa todo hecho y toda relación entre hechos explicable por el entendimiento, que el sentido del todo está más allá de los hechos, es "lo otro" por excelencia o, en palabras de Gaos, es "misterio". El sentimiento religioso genuino nos sobrecoje cuando ese misterio no puede menos de suscitarlos "reverencia". La reverencia es un sentimiento doble. Al estar dirigida a lo otro, es reconocimiento de que el sentido del todo es lo más alto, el valor supremo; al estar dirigida a nosotros mismos, es sentimiento de nuestra pequeñez ante lo más alto, aceptación serena, tal vez amorosa, de lo supremo. Llevado a su término, el sentimiento de la propia pequeñez frente a lo más alto, puede conducir a una actitud aún superior: ya no la reverencia del misterio como algo lejano, sino la comprensión de nuestra vida en el misterio, que en nosotros se expresa. "No decir: danos el morir en la apacible reverencia de Tu Misterio, sino expresar que el morir en la apacible reverencia del misterio sea la última obra en mí de éste" (p. 141).

La producción de José Gaos, compleja y rigurosa, tendida entre el más acerado escepticismo intelectual y la

interrogación por lo trascendente, es una de las más representativas de toda una época de la filosofía mexicana. En una de las reflexiones transcritas en el libro de Vera Yamuni, Gaos escribió: "¿Por qué los mexicanos piensan pertenecientes a la literatura mexicana a Fray Alonso de la Veracruz, Cervantes de Salazar, Sahagún, Balbuena, Palafox, Gorostiza, y no me pensarían perteneciente a ella? También yo he vivido largamente en México y espero morir en él, he madurado en él, he hecho en él mi obra, y sobre el que quiero a México como si fuese mi patria, me siento mexicano" (p. 83). Al anunciar la próxima publicación de sus obras completas, la editorial de la UNAM ha hecho justicia al maestro mexicano de origen español. El libro que ahora reseñamos podría servir de una excelente iniciación al estudio de esas obras, a través de su relación con la vida del autor.

Luis Villoro

POR Y CON ESPAÑA

A juzgar por los libros que llegan a México, desde la muerte de Franco los intelectuales españoles se inspiran en dos propósitos fundamentales: por un lado, escribir la historia de la Segunda República y de la guerra civil española (que, por supuesto, es aquel período en su historia política y cultural más tergiversado por los historiadores oficiales del franquismo) y, por otro, ponerse al día con respecto a aquellas culturas extranjeras (la de lengua inglesa, sobre todo) calificadas de "heterodoxas" por la reacción española. Un ejemplo de cómo estos dos intereses pueden coincidir en esta antología de poesía inglesa de la guerra civil preparada por el joven poeta español Bernd Dietz.

Como se sabe, lo que llevó a toda una generación de escritores ingleses a preocuparse por la guerra española fue su convicción de que, allí en España, se estaba librando la batalla por la sobrevivencia de la cultura europea, convicción que el asesinato de García Lorca vino a confirmar. Ante la vergonzosa política de no-intervención del gobierno

▲ *Un país donde lucía el sol: Poesía inglesa de la guerra civil española*. Edición bilingüe. Selección, traducción y notas de Bernd Dietz. Ediciones Hiperión, Madrid, 1981. 149 pp.